

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA  
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO II

Coordinación

VIRGINIA GUEDEA  
ALFREDO ÁVILA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
2007

## NÚMERO 205

## Carta sobre la reconquista de Zacatecas el 17 de febrero de 1811

Zacatecas y febrero 18 de 1811.— Ilustrísimo señor y mi muy amado y respetado padre.

Desde el 21 del pasado no había ocurrido en este ejército cosa que mereciera la atención de vuestra señoría ilustrísima y no había yo querido ocuparla con noticias que no tuvieran todo el carácter de ciertas; pero la gloriosa reconquista de Zacatecas, verificada el día de ayer, es sin duda un objeto digno de la consideración de vuestra señoría ilustrísima tanto por la imponderable bizarría con que se hizo, como por las incalculables ventajas que trae a las provincias internas en su completa seguridad, y a todo el reino en su total pacificación.

Como esto no es un parte militar, sino una humilde carta que dirige a su ilustrísimo prelado el menor de sus súbditos; no me considero obligado a ser conciso, ni se podría detallar en pocas palabras una acción que demanda muchos pliegos y que eternizará la fama de las armas reales de la Nueva Vizcaya.

Señor ilustrísimo: no sé si el júbilo que transporta mi alma, y la celeridad y precipitación con que pongo este papel me permitirán explicar con orden, claridad y distinción lo ocurrido; temo no atinar con mi objeto, y sólo el amor que debo a vuestra señoría ilustrísima y su natural bondad me animan a hacerle en globo la narración del memorable combate del 17 de febrero, honrosísimo para la Nueva Vizcaya y sus inmortales hijos.

Una orden condicional del señor intendente de Durango, dirigida al señor comandante de estas armas capitán don José Manuel de Ochoa para atacar a Zacatecas, le hizo emprender a esta ciudad su marcha a pesar de la incertidumbre que se tenía del número

de enemigos y fuerzas que la ocupaban. La víspera de tomarla, se presentaron en la hacienda del Maguey donde estaba nuestro ejército los reverendos padres fray Antonio Gálvez y fray Rafael Miñón, comisionados y autorizados por este ayuntamiento para tratar asuntos relativos a nuestra entrada en Zacatecas. Hicieron los padres sus propuestas que no se admitieron, ni se les permitió volver solos a este lugar antes que nosotros.

El mismo día 16, a las seis y media de la tarde avanzó nuestro ejército compuesto del escaso número de 600 hombres de caballería, y 300 indios de flecha. La fuerza toda venía repartida y destinada de este modo. Marchaba delante formando un cuerpo por separado toda la infantería. El señor comandante con sus batidores y guardia de prevención, y acompañado de algunos de los sacerdotes que andamos en el ejército y de los dos religiosos comisionados. Venía a la cabeza de la vanguardia compuesta de las compañías veteranas 1ª, 3ª y 4ª volantes. En el centro venía la artillería con la compañía de este real cuerpo guarnecida con la de Sombrerete, de San Lorenzo y Ramos. La retaguardia se componía de las otras compañías auxiliares; y el cuerpo de reserva constaba de la 1ª, 2ª y 4ª de voluntarios. Toda la división de caballería del señor cura de Santa Cruz marchaba por separado para obrar en el lugar que conviniese por la derecha o por la izquierda.

A las doce y media de la noche estaban coronadas con 80 tarumares cada una de las alturas del Grillo y de la Bufa y lo restante del ejército sobre Quebradilla, esperando que llegara la hora en que se había dispuesto el asalto. A las cuatro y media bajó con tres compañías de su división; dos de caballería y una de tarumares el señor cura de Santa Cruz don José Francisco Álvarez a tomar dos baterías que tenían los rebeldes, una de 3 cañones de grueso calibre en la plaza de la alhóndiga, y otra de 5 pedreros en la plaza real. Las tomó en efecto este dignísimo caudillo escogido, después de haber opuesto el pecho de bronce a una multitud casi infinita de balas que expedían los cañones y los frascos. Esta acción fue

muy heroica por las muchas circunstancias que concurrieron. La gente era poca para una situación tan ventajosa al enemigo; pero al favor de las tinieblas pudo aparentar el señor cura que tenía gran fuerza, cerrando algunas bocacalles con diez hombres, para que creyera el enemigo, como lo creyó, que eran cabezas de grandes columnas. Esto contribuyó mucho al terror del pueblo furiosísimo, pero no impidió que el honor del clero de Durango Álvarez se viera en medio de cuatro fuegos que le hacían a un tiempo por las calles y azoteas. El graneado que él hacía y el indecible valor de sus dignos feligreses arredraron la multitud y pudieron contenerla en el atrio de la parroquia hasta que llegó a aquel punto el centro, que se había retardado un algo para no desamparar la artillería que caminaba con mucha lentitud por la incomodidad del terreno y la ignorancia que teníamos todos de las calles. Las guías se habían perdido y la columna se había desordenado un poco por el ardor con que cada uno quería volar al mayor riesgo. Forzó en fin el centro todas las calles, sufriendo una inmensa lluvia de balas hasta la plaza mayor, donde se colocó la artillería. Aquí, señor ilustrísimo, son innumerables los objetos que llaman mi atención; no sé qué diga ni qué deje de decir; no hallo por donde empezar, ni me determino a hacer el elogio de los unos por no defraudar el mérito de los otros. Hasta este punto acompañé al héroe de las provincias internas, al modelo de los guerreros, al rayo de Zacatecas, al dignísimo jefe de estas armas el señor don José Manuel de Ochoa; hasta este punto tuve la deliciosa complacencia de escuchar sus prudentísimas disposiciones, presenciar sus sabias medidas, sus atinados proyectos, y admirar con su pericia en la guerra aquel valor y serenidad que materialmente me arrancaron de los ojos algunas lágrimas de ternura. Separado ya de aquel grande hombre, me dirigí con un mozo que cuidaba de mi persona a diversos puntos que llamaban mi atención por el vivo fuego que se hacía para dar a mis semejantes el auxilio que podía proporcionarles.

Serían las siete de la mañana cuando comenzó a serenar la borrasca, y en esta hora se dirigió a Guadalupe con dos compañías de su mando el señor cura Álvarez, con el fin de quitar una gran porción de caballada que tenían por allí los insurgentes, pero éstos la retiraron cuando supieron y sintieron en la madrugada el fuego de los cañones.

Mientras que duró el combate, fueron tantos los denuncios sobre tesoros ocultos con cabecillas y pertrechos de guerra, y tantos los partes y noticias que en cada momento recibía el comandante, que cualquiera otro se habría atolondrado; pero nada menos que eso, a todo daba vado; todo lo ordenaba y disponía con el mayor acierto, cautela y previsión, como por la grandeza de ánimo que forma su propio y verdadero carácter. Cuando la batalla estaba en el mayor calor y la confusión general podía compararse con la del infierno, avisé yo al señor Ochoa (porque había tenido de ello mil denuncios) que Allende y Aldama estaban escondidos en una casa con muchos preparativos de defensa y con un tesoro incalculable, todo en un socavón. Mientras premedité algunos momentos la providencia que debía tomar, vino con la misma noticia el padre Pitaluga que ha padecido mucho, y al instante mandó el jefe que desfilaran cien hombres y puesto a la cabeza de ellos, se dirigió conmigo para aquella casa, formó su gente como convenía, mandó abrir y derribar la puerta, y pidiéndole el sargento Mata la orden, respondió *yo mismo la he de ejecutar*. En efecto, se apeó con sus armas del caballo y entró solo con el capitán don Juan José Zambrano en aquella casa que suponía llena de hombres armados, dejándome afuera cuidadoso y admirando un valor tan singular y extraordinario. Por desgracia no se pudieron encontrar los infames que se buscaban, pero aún hay esperanzas de cogerlos. No acabaría en mucho tiempo si hubiera de referir todos los hechos particulares de este militar famoso; sólo puedo asegurar a vuestra señoría ilustrísima que no tienen los hombres con que premiar su mérito; es muy limitado el poder humano para recompensar dignamente

acciones tan gloriosas. La escasez del tiempo y la reflexión que antes hice en punto a esto no me permiten hablar a vuestra señoría ilustrísima en particular de cada soldado; todos eran áspides que sólo con ver mataban, o tigres que con sólo su amago derribaban a los hombres. Por más que se esfuerce el entendimiento y se apure la imaginación no se podría concebir entusiasmo, valor ni intrepidez y atrevimientos mayores; tanto era menester para rendir con tan poca gente una ciudad que tenía un muro en cada ventana, en cada azotea un castillo. Sin embargo de la pretexto que acabo de hacer de no individualizar a ninguno, quiero tener la satisfacción de hacer saber a vuestra señoría ilustrísima el muy grande valor, y muy acreditado en esta vez, de don Pedro Corral, soldado de la compañía de Fernandinos de Durango, que se expuso a los mayores peligros, castigó suficientemente a los traidores dando muerte a muchos, y vengó completamente los ultrajes de nuestra religión y leyes. Tiene este benemérito soldado toda la recomendación del señor cura Álvarez, testigo de muchas de sus hazañas, como también lo fui de su ardor para escarmentar al enemigo.

A las diez del día se hubo de rendir a viva fuerza Zacatecas. Se repicó por largo rato la victoria, se cubrieron de cortinas todos los balcones; respiraron los buenos que estaban pendientes del crédito feliz de nuestras armas; volvió la tranquilidad a los corazones agitados y oprimidos; no se oía por todas partes más que el dulce nombre de FERNANDO VII que pronunciaba alegrísima y orgullosa la triunfante tropa que repetían enternecidos los hombres, las mujeres y los niños de todas calidades y clases; se paseó por las plazas y calles entre las festivas músicas el estandarte con una guardia respetable y el inmortal jefe coronado con su victoria más que con una guirnalda que le regalaron y puso en el sombrero. Recibió en la plaza montado en su caballo al clero secular y autoridades que allí mismo fueron a cumplimentarlo; después peroró en la misma plaza y puso en libertad como tres mil prisioneros, que explicaron su agradecimiento con los más alegres vivas arrojando

al aire su sombrero y haciendo mil demostraciones de júbilo; era una gloria ver los parabienes que tributaban de los balcones y calles al libertador de Zacatecas. El señor cura del Fresno subió a un balcón y dijo una hermosa plática; en seguida subí yo al mismo puesto, leí una proclama del comandante y dije otra exhortación al pueblo y tropa.

Murieron muchísimos rebeldes, aún no se sabe el número, y nuestro quebranto consistió sólo en un tambor y un tarumar heridos. Si yo no hubiera visto y hallándome en esta batalla, no fuera tanta la admiración que me causa el no haber muerto ni uno de los nuestros. Me parecía imposible que las muchas balas que pasaban por cerca de mi cara y de mi cabeza dejasen de herir a alguno de los muchos que estaban a mi espalda. Es necesario recurrir a una providencia especial de Dios para... no me acordaba que hablaba con mi prelado ilustrísimo, para abstenerme de estas reflexiones que vuestra señoría ilustrísima hace tan frecuentemente.

Mientras duró el combate, se tomaron al enemigo los dichos, 130 frascos de metralla, muchas arrobas de ésta, con otros mil pertrechos de guerra.

Quedan prisioneros muchos cabecillas de los principales, el padre don Ignacio Pro, con el prior de San Juan de Dios, y otro eclesiástico que no sé su nombre.

Señor ilustrísimo no me es preciso seguir; ya sale el correo que por un especial favor del señor comandante me ha esperado media hora. Disimule por tanto vuestra señoría ilustrísima que deje incompleta mi narración.

Dios guarde la interesante vida de vuestra señoría ilustrísima muchos años. Besa los pies de vuestra señoría ilustrísima su más atento súbdito, agradecido hijo. Seguro servidor y capellán el menor de todos.— *José Francisco de Gandarilla.*

La edición del tomo II de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza  
Rosa América Granados Ambriz  
Raquel Güereca Durán  
Rodrigo Moreno Gutiérrez  
Eric Adrián Nava Jacal  
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado  
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602